
UNIVERSIDAD Y EL DEVENIR DE LA ESPERANZA*

Por: Helard Fredy Añamuro Chambi

Y algunos filósofos de los epicúreos y de los estoicos disputaban con él; y unos decían: ¿Qué querrá decir este palabrero? Y otros: Parece que es predicador de nuevos dioses; porque les predicaba el evangelio de Jesús, y de la resurrección.

Hechos 17:18.

Conocido es que Pablo, quien inicialmente fuese violento perseguidor de los judíos que abrazaban el cristianismo, se convirtió en celoso apóstol de Cristo a las naciones no judías. Su vasto conocimiento de la cultura helénica –pues, conocía incluso el griego tanto como el arameo– le permitió predicar el Evangelio con aforismos y simbolismos comunes de esta cultura

* Ensayo que obtuvo Primer Lugar en el Concurso de Ensayos Universitarias “La Esperanza”; evento organizado por el Departamento de Humanidades, Teología y Filosofía de la Universidad Católica San Pablo (octubre, 2016).

a través del territorio griego. Como señala el relato bíblico, en esta ciudad de ídolos, los altivos filósofos epicúreos y estoicos se mofan de Pablo llamándolo “palabrero” y “publicador de deidades extranjeras”, y lo llevan al Areópago o Colina de Marte. Allí, con envidiable elocuencia Pablo argumenta a favor de buscar al Dios verdadero, el “Señor del cielo y la tierra”, quien garantiza un juicio justo mediante aquel a quien Él ha resucitado de entre los muertos. La mención de la resurrección divide al auditorio, aunque algunos se hacen creyentes (Hechos 17:18, 24. Reina Valera). Pero, ¿qué significado hallamos en este relato bíblico? ¿Es un anacrónico ejercicio? ¿Es, por el contrario, plausible la labor de Pablo en nuestros días?

No es tarea de este breve ensayo el recuento cronológico de hechos históricos y, sin embargo, conviene dimensionar el carácter de este relato, que es, sin duda, trascendente para la aprehensión de la naturaleza humana –incluso– hoy en nuestro tiempo. Vivimos en una etapa histórica definida como “postmoderna”; la “sociedad del conocimiento” (Miro-Quesada, 2005: 50). Y es, paradójicamente, aquella sociedad donde el “criterio de verdad” tiene carácter relativista, es decir, la verdad se determinará por “perspectiva”, ajena a cualquier determinismo universal. Imperan, por ello, el individualismo, automatismo, consumismo, y demás rasgos culturales que enajenan la conciencia humana de lo más primigenio: la espiritualidad. Ahora bien, ¿cómo es que el relato bíblico de Pablo de Tarso se entrelaza en nuestro tiempo? No es difícil advertir que el conocimiento adquirido por Pablo (conocido también como el apóstol “a las naciones”) sobre el mundo griego y su fe en la Esperanza hubo de ser instrumentalizado, vale decir, contextualizado eficazmente para el evangelio cristiano. Así, en el relato, Pablo establece con prudencia su discurso “A un Dios desconocido”, citando, eficazmente, la palabra de los poetas de ellos: “Porque también somos linaje de

él”. De ese modo, Pablo desarrolla con discernimiento denodado el evangelio cristiano. ¿Conviene hacer lo mismo en nuestros días?

Un conocimiento instrumental

Esta situación descrita –qué duda cabe– permite la comprensión de exigencias actuales, esto es: la necesidad de la comprensión ontológica del propio hombre, el reconocimiento real de su naturaleza, la complejidad de sus sistemas sociales, políticos y económicos que lo regulan; es insoslayable, entonces, el entendimiento de las “humanidades”. Al igual que el lenguaje y la escritura que se convirtieron en instrumentos que posibilitaron las interrelaciones humanas; las humanidades fueron y son instrumentos que nos acercan al reconocimiento de los asuntos más complejos en el hombre; el no estudio de estas humanidades generan –como se percibe actualmente– descontrol, desgobierno, intolerancia social, crisis existencial; en suma: anarquía total.

Ahora bien, las humanidades en nuestra actualidad logran tener otro matiz, ciertamente distinto a la época de Pablo, logrando cobijar estudios clásicos y modernos: la literatura, la filosofía, la historia, la geografía, el derecho, la economía, la ciencia política, la antropología, la sociología, los estudios de arte; valdrá decir: aquellas definidas como “ciencias humanas”. Pese a existir diferentes perspectivas ideológicas en que son abordadas, ¿cómo es que estos estudios logran ser necesarios para el hombre en nuestros días? ¿La postmodernidad, la sociedad del conocimiento, exige un conocimiento humanístico? ¿Existe acaso lugar para las humanidades en el saber universitario? ¿Es posible instrumentalizar estos conocimientos para la reivindicación ontológica humana? Nos aventuramos a señalar que sí. El conocimiento humano desarrollado hasta hoy –y emulando la

labor de Pablo— ha de ser, creemos, la labor más encomiable e insoslayable de nuestra época: la reivindicación humana.

La sociedad de hoy

La sociedad actual, sostuvimos, es la sociedad postmoderna, descrita como “sociedad del conocimiento”. Paradójicamente, es la sociedad donde debería hallarse —en su mayoría y no en todos, claro está— individuos cualitativamente distintos a los del pasado. ¿Es así realmente? Pues, evidentemente no. Nuestra comunidad social ciertamente logra configurarse como una sociedad consumista, automatizada y aculturada. Lejos está de aquella sociedad ilustrada o romántica del Siglo XIX. Si bien en las últimas décadas hubo un desarrollo vertiginoso de las ciencias exactas y la tecnología; la pobreza, la desigualdad social y la opresión del hombre por el hombre no tuvieron una transformación significativa. Ante ello, resulta evidente que el hombre contemporáneo está llamado al cambio, al resurgimiento de su naturaleza ontológica, al desarrollo de sus potencialidades cognoscitivas (Alba, 2011: 21).

El avance de la ciencia y la tecnología nos han introducido positivamente a un mundo más real y pragmático, y, no obstante, este escenario se ve contrarrestado por el mal uso de los mismos (armas de destrucción masiva, manipulación genética, etc.), que conlleva a su vez a la aparición de problemas ético-morales. Este panorama, como era de suponer, es aprovechado por ideologías que —como dijimos al principio— buscan interpretar y dar solución a dichos problemas a la luz de principios relativos e indeterminados. Aquí reside la necesidad de discutir el problema desde un enfoque humanístico.

Esto último requiere el protagonismo inmediato de una verdadera corriente humanista, de la reformulación de los postulados rectores que permitan una sociedad más justa y solidaria. Nuestra tarea no es otra que resurgir de lo superfluo; de lo económico, político, y socialmente incorrecto. Esta gran tarea debe ocupar los espacios en que se desenvuelve el quehacer intelectual (Gamero, 2012: 59). ¿Pero, dónde se desarrollan mejor estos conocimientos?, ¿no es acaso en las universidades? La humanidad, a través de los siglos –dijimos– ha ido sistematizando un universo de conocimientos cuyo desarrollo tiene por objeto el nacimiento de un nuevo tipo de hombre. Es válido pensar, asimismo, que las universidades fueron generadoras del saber complejo, no teniendo otra razón de ser que engendrar y transformar al hombre por obra de la ciencia y del saber humano.

La universidad

Hay que entender que las universidades no deben formar seres autómatas para el éxito o para el triunfo tórrido. Y si bien este estado de cosas requiere profesionales de perfiles tecnócratas o globalizantes; una verdadera formación académica demanda que la persona cifre sus esfuerzos en desarrollarse integralmente, en todas sus potencialidades. Si las universidades siembran esperanzas en ellos, es decir, ideales supremos humanos; tendremos asegurado un futuro donde se celebre menos el visceral éxito, y se acerque con mayor frecuencia a las esperanzas de las mayorías. Y si la universidad fue, desde siempre, el reflejo de la comunidad social; en él se ensayarían los problemas y las soluciones vitales del sujeto social; así, entonces, ésta debería ofrecer un ejemplo de comunidad abierta y dinámica, en la que no se nieguen o repriman los conflictos, sino que se resuelvan armónicamente con principios mínimos de convivencia.

De ese modo, la universidad desempeña una función integradora de la comunidad; empero, no ajena a la crítica. Empezará a materializar algo ideal, y mostrará la convivencia pacífica, cuyo sostén sea el respeto a las libertades humanas. El ambiente universitario debe funcionar como un auténtico taller de relaciones sociales no libres de conflictos, pero orientadas por valores como la dignidad, el respeto y la solidaridad, cuya labor inspiradora sea la práctica pedagógica, el trabajo investigativo y la convivencia entre los diferentes estamentos de la universidad.

Una mirada a la historia

Creemos, finalmente, que una justa comprensión del pasado histórico nos permitirá recrear nuestro presente y esculpir nuestro porvenir. Se piensa, con justa razón, que los ideales comunes, representados por la conciencia social, no son igualmente sentidos por todos los miembros de una sociedad. Existirá claridad y firmeza de los ideales en los núcleos de los animadores, que prevén el ritmo del inmediato devenir (Ingenieros, 1965:101). He ahí el papel de la universidad de nuestro tiempo; aquella que tiene por afán cobijar a estos forjadores. La juventud venerará lo mejor del pasado, es cierto; lo digno de ejemplificar en el presente. Sin embargo, más le convendrá sepultar las tradiciones regresivas, y siendo éstas dañinas, serían hoy peores. ¡La juventud está convocada a la misión redentora!

Sin el soslayo de la instrumentalización del conocimiento – al igual que el apóstol Pablo– integremos en nuestras conciencias una esperanza ulterior: la emancipación del hombre. Existe la imperiosa necesidad de rescatarlo de la manipulación y el engaño, y conviene hacerlo a través de la crítica: esclarecer, analizar o fundamentar; y también, contradecir, desechar ideas, creencias,

valores y prácticas que se asumen al nivel de la vida cotidiana (Araujo, 2015: 12).

Creemos que una historia sin aditamento moral es un reloj de neceidades; ya que eclipsaría a los dignos y justificaría a los miserables. Una historia que no se repiensa, va convirtiéndose en marchita. Es tarea común escudriñar el ayer para inquirir cuáles virtudes son dignas de cultivarse en el mañana. Desear una continuación histórica integral es un absurdo, sobrevivirían con él sus vicios, amañados por el tiempo. Cierto es que lo pasado fue lo posible –podría conjeturarse que fue lo mejor de su tiempo–; pero, como siempre, y la realidad social varía, dialéctico es que lo venidero sea mejor que lo precedente.

BIBLIOGRAFÍA

1. Alba Rico, Santiago (2011). *Capitalismo y nihilismo. Dialéctica del hambre y la mirada*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
2. Araujo Frías, Jaime (2015). La filosofía como crítica. En: *Filosofía y Política*. Disenso. Vol. 1, Arequipa.
3. Ingenieros, José (1965). *Las fuerzas morales*. Buenos Aires: Lozada.
4. Gamero, Luis A. (2012). *El peor de los mundos posibles*. Arequipa: Ediciones UNSA.
5. Miro-Quesada Rada, Francisco (2005). *La democracia; hacia el tercer milenio: Perú y América Latina*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Ricardo Palma.
6. López, Sinesio (2012). *La desigualdad económica y política. Aproximaciones conceptuales*. Lima: Escuela de Gobierno y Políticas Públicas (PUCP).
7. Lynch, Nicolás (2009). *El argumento democrático sobre América Latina; la excepcionalidad peruana en perspectiva comparada*. Lima: Fondo Editorial de la Facultad de Ciencias Sociales (UNMSM).